

- ¿Tú no tienes ningún hermano?
—Ninguno.
—¿Y alguna hermana?
—Tampoco.
—Entonces ¿con quién te peleas?...

Dib. PERALS DE LOAYSA.—Madrid.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS		
Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas	
Semestre (26 —).....	10,40 —	
Año (52 —).....	20 —	

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS		
Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas	
Semestre (26 —).....	12,40 —	
Año (52 —).....	24 —	

EXTRANJERO		
UNIÓN POSTAL		
Trimestre.....	9 pesetas	
Semestre.....	16 —	
Año.....	32 —	

ARGENTINA (Buenos Aires)		
Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856		
Semestre.....	\$ 6,50	
Año.....	\$ 12	
Número suelto.....	25 centavos	

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Ángel, 5.—MADRID
APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

———— MADRID ————

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M



por DIEGO MARSILLA

20.—Decidido.

S Planta marina
Un astro X CRISTIANA Q

21.—Charada.

—Don Manuel: *segunda prima el prima segunda que prima tertia cuarta en la todo.*

—Déjala; recuerda la dos tercera cuarta de la dos cuarta.

22.—Divertido.

100
H 1
Megilla

23.—Charada.

—Cuando tengo *prima segunda prima cuarta prima segunda tercera quinta*, el niño *primera tertia quinta segunda cuarta* mi alívez y me siento *quinta segunda cuarta quinta, primera segunda tercera cuarta quinta*.



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

24.—Charada.

—En el *tercia cuarta quinta* de la *tercera segunda, tercera cuarta* un *todo* que desde Galicia viene *tercera cuarta segunda primera* comprando trigo y todo lo *prima segunda tercera cuarta*. Es un hombre de mala *segunda tercera* y peor *segunda cuarta*, pero muy rico porque es un *prima quinta prima quinta* del dinero.

25.—Notarial.

1000 500 1100 1500

26.—Charada.

—*Prima dos es cuarta prima* de fresco para el juego; tiene a *tercia cuarta* hacer trampas, y ahora ha encontrado una *todo*, que se está haciendo de oro.

27.—Digestivo.

C
Figura
Prohibición
Negación
O

28.—Charada.

—Por poco *prima segunda* las *tercera prima tercera cuarta*.

—*Prima segunda cuarta*; fué en *prima segunda cuarta* y gracias a que se encomendó al Santo del lugar.

—Y a que le ayudó *todo*.

Boca sana :- Dientes blancos.
Aliento perfumado.
CORTES, HERMANOS.—BARCELONA

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de mayo.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar.
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

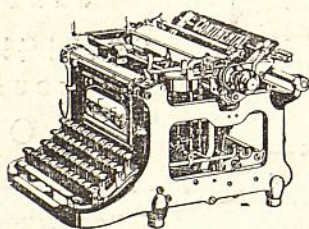
ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—**DEPOSITARIOS:** en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

La máquina de escribir CONTINENTAL
es la predilecta



Pídanla a prueba a los concesionarios de
España, Portugal y Marruecos.

ORBIS, (S. A.)

MADRID.-Hortaleza, 17. Tel. 44-58 M.
BARCELONA.-Clarís, 5.
VALENCIA.-Mar, 8.
BILBAO.-Ledezma, 18.
PALMA DE MALLORCA.-Quint. 7.
SEVILLA.-Rivero, 7.
TOLEDO.-Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par
máquina de escribir CONTINENTAL, se
venden máquinas de ocasión de todos
los sistemas, en buenas condiciones.

ALQUILER DE MÁQUINAS :-: ACCESORIOS PARA TODOS LOS SISTEMAS

LOS
FAMOSOS

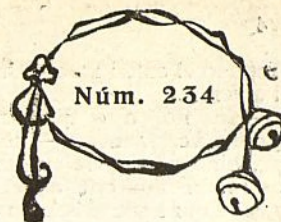
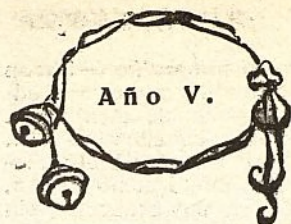
POLVOS
INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SON

INFALIBLES
PARA LA DESTRUCCIÓN
DE TODA CLASE
DE INSECTOS



EL PERFECTO "ISIDRO"



No era labrador, no; ni hortelano. Usaba corbata y cuello, y vestía, si no a la «última», a la penúltima.

Tenía unas ganas «locas» de ver Madrid. Más todavía, de *correrla*, de perder de vista, siquiera por unos días, a sus seis chiquillos, tan alborotadores, y a su esposa, tan gruñona, tan «monótona», tan «igual», tan «día gallego», de agua siempre, de siempre agua... Deseos, en fin, de no guardarse las canas, sino de echarlas, siquiera una, y por una vez, al aire... Este año sus negocios marchaban bien. ¿Por qué no hacer su salida, como don Quijote?...
Se decidió, ¡cál! Lo dijo en el casino asiendo al primer clavo ardiendo de la conversación. Pero, muy oportunamente, ¡claro! Juanito Monteleón necesitaba una corbata; pensaba comprársela, y...

—¿Por qué no te aguardas un poco? Voy a Madrid, ¿sabes? No, no creas...; me tiene sin cuidado San Isidro... Cosas del negocio... Puedo traértela yo... Me esmeraré...

Así se enteró todo el mundo de que iba a Madrid.

Se hizo un traje de entretiempo, que con los de verano e invierno, le ponía a cubierto de las contingencias del clima. Se compró seis cuellos, seis camisas, seis camisetitas... Sacó del arca diez billetes de Banco. Introdujo tres en la cartera. Los otros siete se los cosería su mujer al chaleco. Pero al llegar este momento, él cambió de parecer.

—No, no, cósemelos aquí... en la piel. ¡Había en Madrid tanto golfo!

Y un día, él, su mujer, sus

seis chiquillos y tres señoras de la vecindad, *acomodados* en un coche, se dirigieron a la estación. El tren se alineaba ya a lo largo del andén. Mientras llegaba el momento de partir, él procuraba tranquilizar a sus familiares. No había por qué llorar. Después de todo, no iba a un corral de vacas, sino a Madrid, ¿lo entendían? ¡a Madrid! Y lo decía... así..., como sin darle importancia, pero a voz en grito.

Oyóse por fin la frase sacramental: «¡Señores viajeros... al tren!» Subió él a su departamento, y contemplóse, sonriendo, en el cristal de la ventanilla. Pero, de pronto, su sonrisa quedó estereotipada, suspensa, absorta, se-

ría hasta el punto de no saber desaparecer... El hombre notaba una cosa rara en su rostro, algo que nunca tuvo y que le hacía desconocerse a sí mismo... ¿Qué sería aquello, Dios santo, qué sería?

Pero ya la negra serpiente del tren desenroscaba sus anillos. Luego, emitió un agudo silbido. La máquina engalanóse con una pluma negra echada airosamente hacia atrás. Allá, en la estación, quedaban un chisporroteo de frases y los banderines blancos de los pañuelos, que agitaban el aire como una tolvenera...

—¡Ten cuidado con los automóviles!

—¡Y con los tranvías!

—¡Y con los coches!

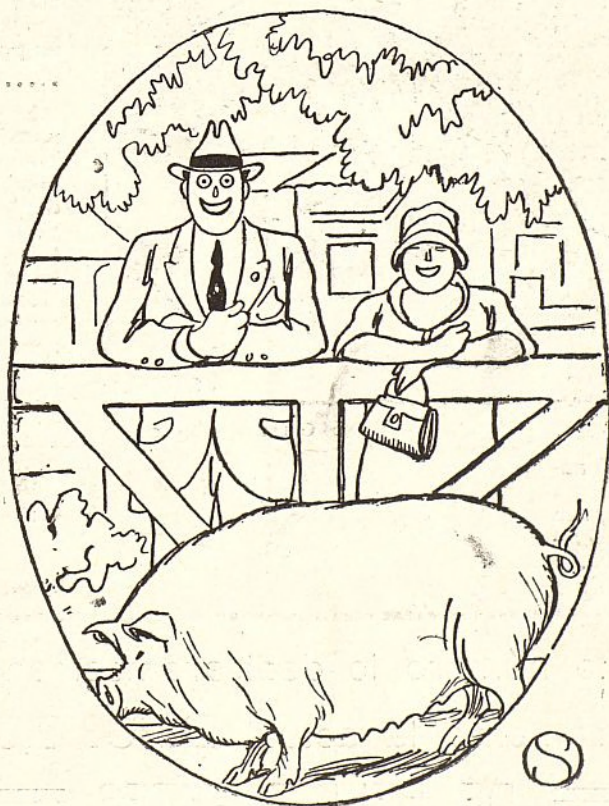
—¡Y con los autobuses!

—¡Y con los camiones!

—¡Y con los carteristas!

—¡¡Y con las fieras!!

¡Bah, bah! Gente de pueblo... ¡Creerían que él era un paleta de los muchos que van a la corte! Esta idea le hizo sonreír. Pero, otra vez su sonrisa trocóse en mueca. Habíase visto nuevamente en el cristal, y... ¿Qué tenía él en la cara, Señor, qué tenía? ¡Pobre! No sabía que tenía ya cara de «Isidro»...



Dib. SILENO.—Madrid.

III

Entró en Madrid una noche por la estación de Atocha. Un momento estuvo en el andén con una gran angustia en la garganta. ¿No habría venido Antonio, el hijo de su casero, que estudiaba medicina? Mas, de súbito, dió un salto de alegría. ¡Sí, allí estaba!

Dirigióse a él, anhelante:

—¡Antonio! ¡Antonio!

—¡Isidro, digo Pepe!

Abrazos, preguntas, un tropel de palabras que pugnaban por salir a la vez echándose unas a otras la zancadilla.

—Tomaremos un taxi—

propuso el estudiante—. Aquel mismo si quieres...

—No, no, otro que sea abierto... Quiero ver, ¿sabes?—Pero no quería ver, sino que le vieran, deslumbrar a los madrileños con aquel cadenón y aquella onza que le descansaban sobre el vientre...

Durmió poco y mal. Al día siguiente salió sólo, ¡sólo! ¡Bah! Nadie se perdía en Madrid, como no fuese un necio. Preguntando se va a Roma...

Una vez en la calle, desistió de preguntar. ¿Para qué? ¿Para que le tomasen por «Isidro»? En último caso, alquilaría un taxi. Y anduvo, anduvo..., a la ventura, desembocando cien veces en la misma plaza, llevando en el cerebro mil calles, que eran una sola...

¡Qué miedo tenía a que le creyesen «Isidro»! Esto le hacía cuidar el paso, sacarse disimuladamente los puños, arreglarse cien veces la corbata, atascarse y desatascarse el sombrero, lim-

piarse incesantemente la nariz, meterse en los portales para desempañarse los zapatos, subirse el pantalón, bajarse la americana y hacer muchas cosas más que arrancaban una sonrisa a los pocos transeúntes que en él fijaban su atención.

Todo su ideal era que le creyesen habitante de Madrid. Por esta causa dejó de contemplar las armas de aquel escaparate, entrevistas al pasar, con el rabillo del ojo; y los mantones de Manila de aquel otro; y las fachadas de los edificios esbeltos. Y dió con su cuerpo en tierra al descender de un tranvía por querer efectuar el descenso como los madrileños: en marcha.

No pararon aquí sus andanzas. En días sucesivos, acompañado de Antonio, estuvo en un café de camareras y aseguró, muy formal, que se había divertido. Visitó el museo del Prado, en jueves, y elogió con mucho calor los lienzos de Goya, «tan grandes, tan

chistosos, como fotografías»—fueron sus palabras. Pero lo que más le admiró fué el museo de Artillería... ¡Aquellos cañones, aquellos sables!... Por lo demás, nada le asombraba; Madrid no era tan bonito como decían. La Puerta del Sol, muy pequeña y sin nada de particular, excepto la marquesina del Metro y los evacuatorios, tan grandes y lujosos; la calle de Alcalá... ¡psch!, una calle como otra cualquiera; Chamberí y Rosales, muy tristes; el Retiro, demasiado alegre; la Moncloa, antipática; la calle de Postas, más pequeña que la principal de su tierra... Algo bueno había, no obstante: Lavapiés, tan castizo, y algunos monumentos, descollando entre ellos el de Colón...

¡Bah, bah! ¡Que le dejaran a él de Madrid! Tenía prisa por irse. Y, al efecto, hizo un montón de compras—encargos de los amigos—y una mañana despidióse del estudiante:

—¡Adiós, Antonio!

—¡Feliz viaje, Isidro... digo... Pepe!

¡A su tierra otra vez! ¡A elogiarlo todo! Porque él iba dispuesto a que todos rabiasen de envidia. ¡Ah! ¡Aquellos cabarets! ¡Aquellas calles! ¡Aquel Retiro! ¡Aquel Chamberí! ¡Aquel barrio de Salamanca! ¡Aquella Casa de fieras! ¡Aquellos palacios... sobre todo el del rey, tan lujoso, principalmente por dentro... Porque él lo había visto por dentro y hasta había hablado mano a mano con los reyes, que le habían preguntado por su mujer... ¡Iban a sacar un palmo de lengua!

El «Isidro» que hemos conocido es una institución entre sus amistades. Todos escuchan con respeto a aquel hombre que fuma en una pipa «Recuerdo de Madrid», y que a cada momento, se hable de lo que se hable, tiene una frase en sus labios: «Cuando yo estuve en la Corte...

Esta admiración de sus amigos le arranca una sonrisa de satisfacción. Pero siempre, al mirarse al espejo, su sonrisa desaparece como por encanto. Se nota en el rostro aquella expresión de antaño, aquel algo indescifrable que antes no tenía y al que no acaba de acostumbrarse...

¡A pesar de los años, sigue siendo el perfecto «Isidro»!

DIEGO PRADO DEL AGUILA



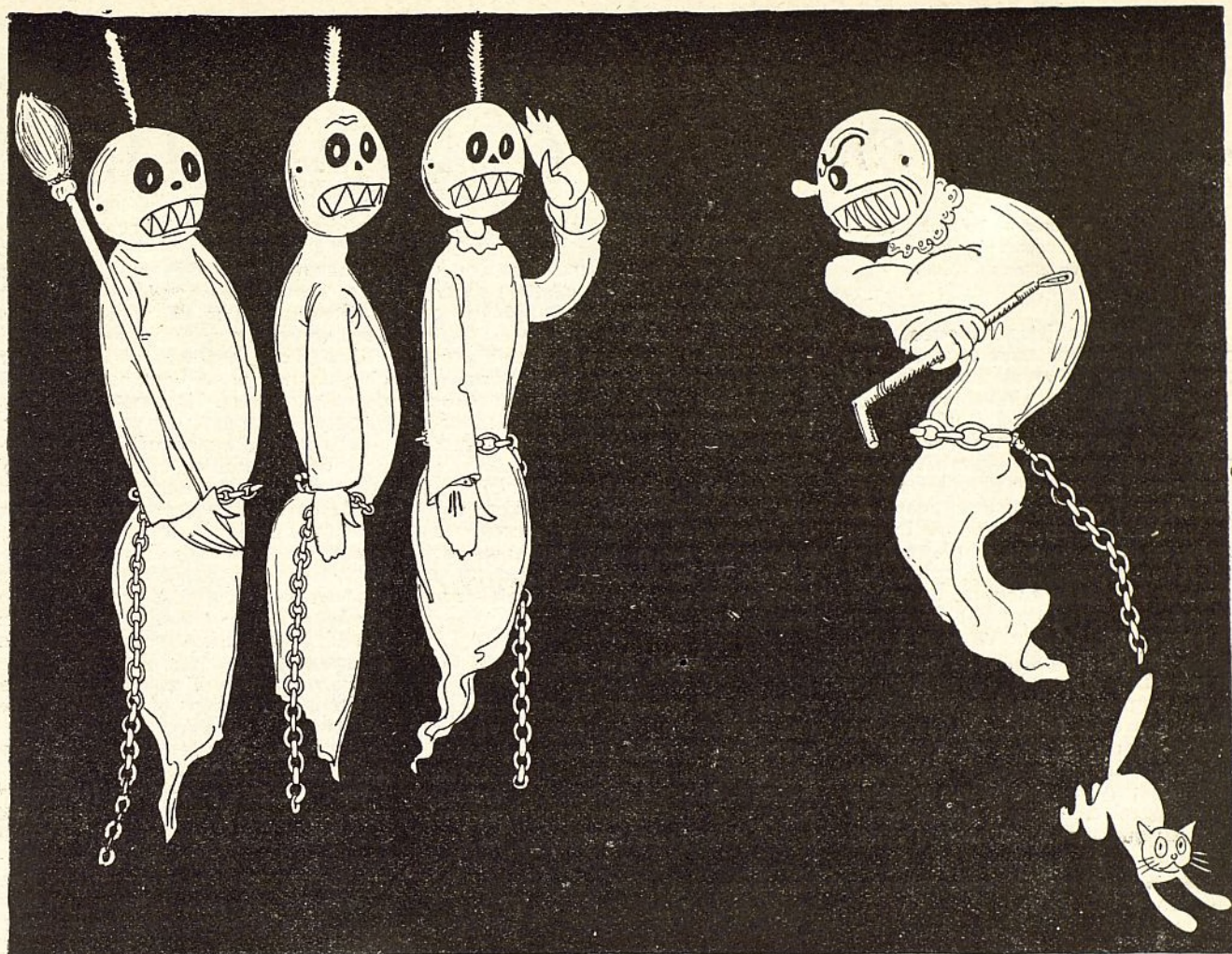
EN LA ACADEMIA

Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Oye; ¿hay aquí muchos aficionados a la radio?

—Casi todos. ¿Ves esos dos? pues el del traje lleno de lámparas es lampista y el galonista es galenista.

Nuestro próximo número lo dedicaremos, en gran parte, a comentar cómicamente la actual EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES



ENTRE ESPECTROS

—¿Pero no oís que llaman a mover el velador en tribulete ?? ¿Qué hacéis que no acudís?
—¡Es que hoy es 1.º de mayo y celebramos la fiesta del trabajo!

MEZQUINDADES MATRITENSES

Un inocente aldeano,
de regreso de la Corte,
decía, muy campechano,
a su embobada consorte.

—Dicen que en Madrid la gente
derrocha a más y mejor,
pues te juro, formalmente,
que no es cierto, no, señor.

Allí, si en beber te empeñas,
aunque en gastos no repares,
por vino de Valdepeñas
te dan el de Manzanares.

El pan, al ayuno obliga,
y cuando compras un pan
no sabes si es pan de miga
o es una miga de pan.

Hay fondas que muy baratas
los platos suelen tener;
pero si no comes platos
te quedarás sin comer.

Pedir carne es un exceso,
que está la carne muy cara,

y el que den por carne hueso
no es ninguna cosa rara.

En el bar, no hay nadie que
tomar café le aproveche,
porque te dan el café
sin azúcar y sin leche.

La mujer que no es muy avara
si en la moda se desvela,
se viste con media vara
de tela la sobra tela.

Pero va tan complacida,
aunque te asalte la duda,
si la que va bien vestida
es porque está bien desnuda.

De abrigos, hay que advertir
que se acostumbran a usar,
con pieles para lucir
y forros para abrigar.

En cambio, hay hombres a miles
cuando el frío no congela,
luciendo abrigo de driles
como chicos de la escuela.

El caballo se ha extinguido
o está oculto, a lo mejor,
dentro de algún embutido
o dentro de algún motor.

Gastar sombrero no es cosa
que arruine por lo costoso,
he visto a más de una esposa
lucir el que usa su esposo.

Los zapatos de mujeres
tan mezquinos ahora son,
que si un zapato ver quieres
no verás más que tacón.

Para ahorrarse peinadora
y que no cueste el peinado,
las tobilleras de ahora
llevan el pelo cortado.

Como se puede observar
con tal mezquinomanía,
jeso es economizar,
lo demás es tontería!

RÓMULO MURO

PAPELES VIEJOS

EL PRIMER SONETO A LA AMADA

«El que no ha hecho alguna vez un soneto no puede aspirar a que le llamen idiota.»

Revolviendo objetos antiguos, buscando un pisapapeles de escayola, encontré el otro día en mi domicilio, que no es el de ustedes, sino el mío, un soneto.

Esto de encontrar un soneto buscando un pisapapeles es un hecho que ocurre con frecuencia; ni en las ciudades, ni en el campo, ni en el cuarto de los baules se encuentra nunca lo que se busca, sino lo que el padre Azar quiere que encontremos. El coliseo romano de Mérida lo encontró un repartidor de cacharras de leche buscando un pasador del cuello que se le había caído, y el Apolo del Belvédere lo halló un reumático buscando en los jardines de ese nombre una peonza de música extraviada a un nieto suyo en plena furia rotatoria.

Así a nadie sorprenderá que yendo a la captura del citado pisapapeles para golpear con él en la cabeza de un pelmazo que ansiaba cobrarme cierta

cuenta, encontrase yo el jueves pasado un soneto.

El soneto era un verdadero soneto de catorce versos endecasílabos y ostentaba la siguiente fecha, poblada de imágenes floridas y rupestres: *julio de 1912*. Es decir que yo había construido ese monumento que ahora voy a sacar a la publicidad, cuando acababa de cumplir los once años. ¡Inmarcesible edaz!, que dice el maestro Alonso.

Hasta aquí, el hallazgo tendría menos importancia que una exposición de alcachofas policromadas; pero es el caso que aún no he dicho lo más suculeto. Y lo más suculeto, adorables lectoras, es que el soneto estaba encabezado así:

A MI AMADA...

y detrás, el nombre de una señorita que no estampo aquí porque ya está casada, tiene hijos y no me agradecería lo más mínimo que la pusiese en ridículo. Además, la he visto este verano, y, de una miniatura sutil, que era en los tiempos del soneto, se ha con-

vertido en una especie de camión automóvil con marcha atrás y triple juego de neumáticos. ¡Desilusiones de la vida, provocadas por los años y por la preponderancia del tejido adiposo! Pero no nos pongamos rubicundos.

Decía, con bastante pesadez por cierto, que el soneto estaba encabezado «a la amada». No mentía entonces ni miento ahora. A los once años yo amaba a aquella muchacha con un frenesí de legionario con anginas. Y como ella sólo me hacía el caso suficiente para que yo comprendiese que la tenía sin cuidado, mi pasión, apremiante como un usurero, se desbordaba en sonetos. Aquella muchacha y las chuletas «a la Pompadour» han sido mis ideales más altos. Y es que nací romántico e inclinado a los trabajos de marquetería.

Ignoro el número exacto de sonetos que la disparé, pero puede calcularse que pasaron de cinco de cinco docenas; es decir, que los fabricaba como los botones de nácar.

Otra mujer me habría hecho cara para evitar que gastase papel y que me cansase la mano, pero aquella señorita no se caracterizaba por su inteligencia. Era—como todas las amadas de los once años—más tonta que un litro de bencina. Dios y su marido la hayan perdonado.

Indefectiblemente me declaraba a ella tres veces diarias: por la mañana, al mediodía y por la tarde; después dedicaba las noches a la construcción de sonetos, y las horas de sueño, a verla rodeada de un nimbo de algodón en rama, de suerte que si no morí entonces de imbecilidad concentrada, no moriré ya, por muchas comedias blancas que vea.

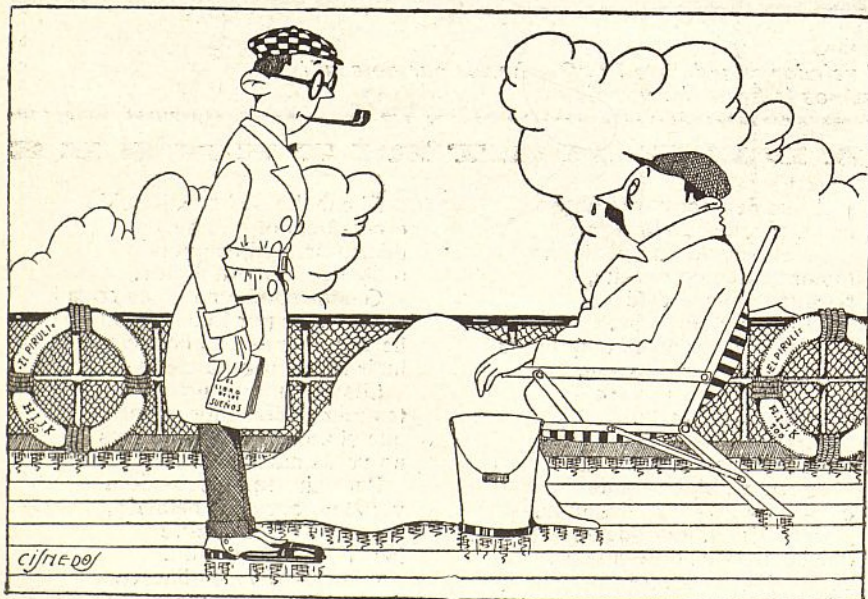
Y ahora háganme el favor de escuchar los cuatro primeros versos del soneto, que valen la pena:

«En tu rostro azulino de querube,
donde los ojos ponen mil reflejos,
luces tus dos pupilas como espejos
que el dios Febo lanzase hacia una nube.»

¿Qué pasa?

Claro que si aquella muchacha hubiese tenido realmente el rostro azulino, lejos de parecer una chica guapita y atrayente habría parecido *El fantasma de la Opera*, pero a mí entonces lo de azulino me sonaba mejor que el *allegretto* de la VII Sinfonía de Beethoven.

Imagínense luego unos ojos lanzando reflejos como una chistera y unas pupilas luciendo como espejos bisela-



Dib. CISNEROS.—Madrid.

—¿No... se... marea... usted, joven?...

—No, señor, porque estoy muy bien recomendado al Capitán...

dos e imagínense por último al dios Febo tirando los espejos contra una nube, como si estuviese rompiendo cacharros en una verbená. Y si a ustedes no les divierte eso es que sufren de policolia o que se han dedicado a la compraventa de vargueños, que es el negocio que vuelve más pesimista.

Los versos que siguen los firma Ar-davín y son cien llenos en cualquier teatro. Atención y serenidad:

«El mar con las mareas baja y sube,
y tan pronto está cerca como lejos;
tú y yo mañana nos haremos viejos
y pensarás en la pasión que fué.

Pero entonces será tarde, muy tarde:
tú no me podrás ver con la distancia
y haciendo de dolor un gran alarde
recordarás nuestra común infancia.

Pero igual que Daoiz y que Velarde
moriremos sufriendo con constancia »

¿Por qué no puse «moriremos lu-chando contra Francia»? Probablemen-

te porque yo no estaba muy seguro de lo que habían hecho Daoiz y Velarde y debí pensar que eran una pareja de enamorados de esos cuyos cuerpos se conservan en estado de mojama para fomentar el turismo.

Los primeros versos del segundo cuarteto son, seguramente, de los que pasan a las antologías. Ese mar que va y viene como un triciclo y que tan pronto está cerca como lejos, es un mar que si lo dibuja alguien en un mapa hace el ridículo más estruendoso.

Pero nada de esto me extraña en definitiva; a los oce años se hacen cosas que no penan los Códigos porque los Códigos son más benignos que el clima de Alicante. Lo que me extraña de un modo terrible es cómo mis padres me dejaron seguir viviendo. Porque un hijo mío comete ese soneto y lo echo al paso de un expreso, como si fuese

la funda de una cajetilla. Y lo que ya me enloquece del todo es pensar que al cabo de los años, yo había de ganarme la vida escribiendo. Sólo una cosa me consuela y es ver que muchos de nuestros poetas líricos acaban por donde yo empecé. Y, francamente, entonces yo no podía imaginarme que fuese un poeta lírico. Hacía esos renglones endecasílabos como otros chicos que hacen polvo el mobiliario: para convencer a la familia de que lo más acertado es abandonarle a uno en el quicio de un portal.

Pero tengo la evidencia de que si «mi amada» recuerda uno de aquellos sonetos debe sufrir de frecuentes neuralgias. Creo que se casó con un arquitecto... ¡Pobre niña! Estaba predeterminada a vivir entre cascotes.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

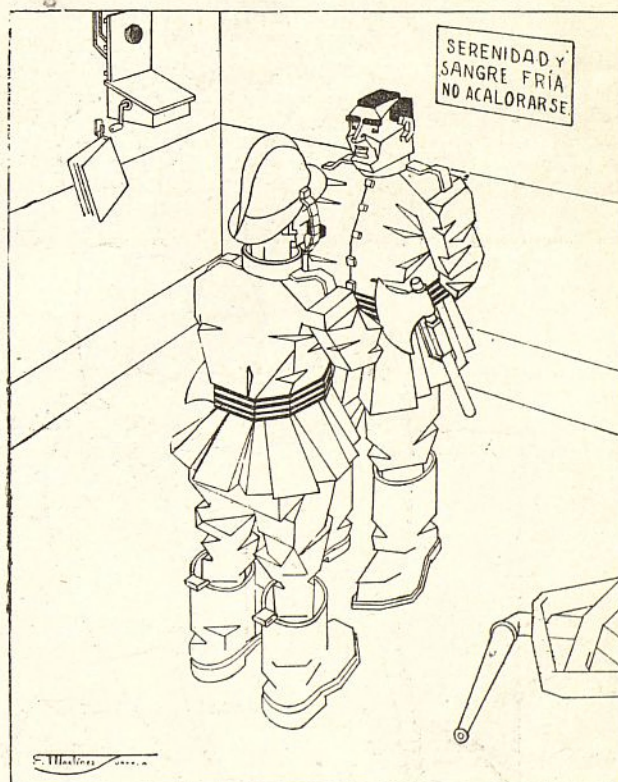


Dib. E. DATA.—

EN EL RESTAURANT BARATO

EL CLIENTE.—¡Camarero! ¿Cómo siendo yo parroquia-no me sirve usted una pescadilla tan chica?.

EL CAMARERO.—¿Pero es que quiere usted que por dos reales le den a usted una ballena?



Dib. MARTÍNEZ SURRÓN.—Barcelona.

ENTRE BOMBEROS

—¡Calla, hombre, el nuevo jefe me tiene fritol El otro día, en un incendio de la calle del Infierno, porque lo mojé sin querer...

—¿Te calentó las costillas?

—No, se vino a mí echando chispas y me dió quemadísimo: «¡Como suceda esto otra vez, te aso de un tiro!»

ALREDEDOR DEL MUNDO

CURIOSIDADES Y RAREZAS

En Antofagasta, cuando un amigo generoso quiere participar a un compañero de oficina que su mujer se la está pegando con el jefe del Negociado, se coloca sobre los hombros una airosísima capa aunque haga un calor de cincuenta grados.

Y hemos sabido que el cariñoso denunciador ejecuta ese acto porque, de esa manera, aunque diga al amigo que su mujer es una liviana despreciable, se lo dice embozadamente...

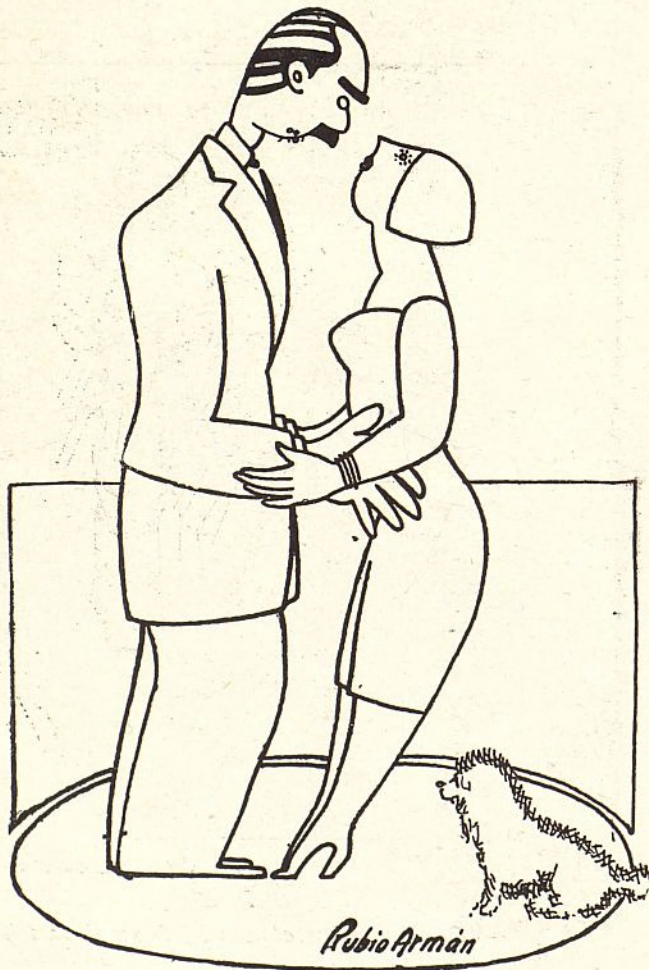
Claro es que la acusación, aun resultando cierta, es para fastidiarse en el compañero, pero para los caballeros de Antofagasta por lo visto no tiene importancia fastidiarse con la capa puesta...

Es tan enorme el calorazo que hace en la República del Ecuador que, en los Bancos y Casas de Comercio, las cuentas se liquidan solas.

Palabras célebres de un clérigo de los recientemente expulsados de Méjico, en virtud de esa disposición que ha dado tanto que hablar y tantísimo que sentir:

—¡Aquí corren malos vientos!... ¡Me voy a Buenos Aires!...

Hay en Suecia un académico de la lengua que tiene del idioma castellano



Rubio Armán

—¿Estás triste porque me marcho mañana, vidita?
—Sí... yo creía que te ibas hoy.

Dib. RUBIO.—Cuenca.

una idea tan pobrísima que cree que en España la patrona de la infantería es una señora que da hospedaje y guiso de comer a todos los soldados del ejército español.

Bien es verdad que en Finlandia hay otro académico que se figura muy formalmente que en Madrid un tendido de sol es un calzoncillo puesto a secar en una cuerda por una egregia lavandera.

No es lo mismo sumar cantidades homogéneas que heterogéneas, y tampoco es igual sumarlas en castellano que en francés.

Ejemplo de cantidades homogéneas y en castellano:

—¿Cuántas son dos y dos?

—Cuatro.

Ejemplo de cantidades heterogéneas y en francés:

—¿Qué suman dos almohadas y dos colchones?

—¡Catrel!

La policía más secreta que se conoce es la de la República de Liberia.

Funciona de noche y en las calles donde no hay alumbrado y la forman veinticinco negros cimarrones completamente en cueros.

¡Ocioso es decir que no los puede ver ni su distinguido padre; y si esto no es una policía secreta, que venga Dios y lo vea..., ya que es el único que podría ver una cosa así!

En Alcalá de Henares pulula un mendigo que, para solicitar el óbolo de los transeúntes, se sitúa debajo de los porches de la plaza y allí se pone a tocar un tambor, tan honrada como encarnizadamente.

Registramos el fenómeno porque, salvo en este caso, los tambores no se suelen tocar debajo de los porches sino encima de los parches, que es lo que está más de moda.

Un sabio doctor acaba de descubrir un microbio que ataca a las monedas de dos pesetas de la Revolución.

Asegura que el estrago que produce en ellas es de tal consideración que modifica su aspecto exterior y las cambia en seguida.

¡Lo que yo no he conseguido hacer en cuarenta años que llevo viviendo en este indecoroso planeta! ¡Coger dos pesetas y cambiarlas!...

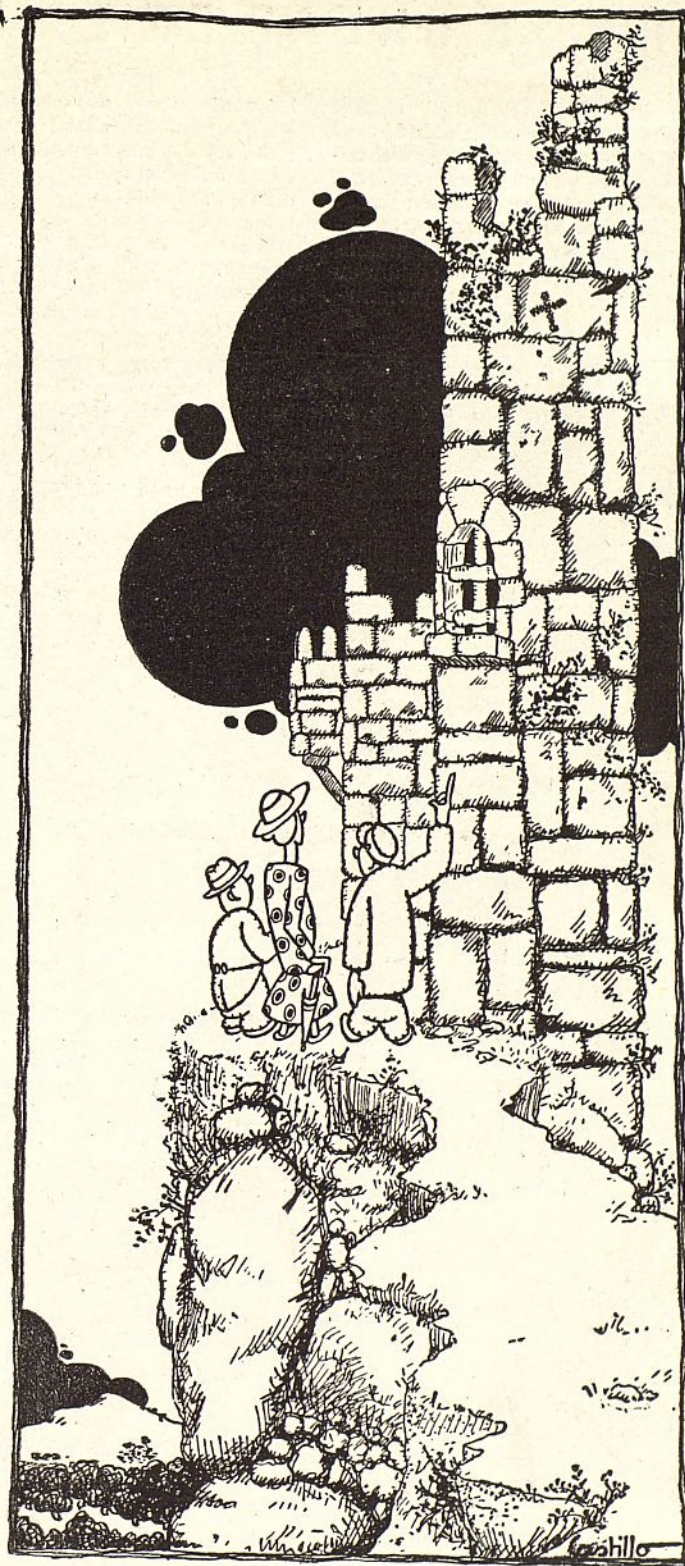
ERNESTO POLO

EL ASNO REFLEXIVO (FÁBULA)

Un asno muy sesudo,
constante observador y testarudo,
que pasaba su vida meditando
y leyendo, además de cuando en cuando,
dijo una vez al cerdo, su vecino:
fíjate en mí, animal, que de continuo
estudio y reflexiono, y cada día
aprendo lo que antes no sabía.
Tú, entretanto, holgazán y perezoso
piensas sólo en comer, avaricioso,
y te llaman cochino y no te ofendes
ni, digno, te defiendes,
como haría, discreto y oportuno,
otro ser inferior, si es que hay alguno.
—¿De qué me serviría, deslenguado,
ser, como tú, estudioso y aplicado,
(díjole el cerdo) si mi estrella ingrata
es estirar la pata
por la cuchilla herido
de matachín soez y empedernido
cuando llegue noviembre,
y ya estamos a fines de septiembre?
Sobre todo, ¿en qué estás tan ilustrado?
¿Cuándo la borla de doctor te han dado
para que andes, soberbio y arrogante,
como guerrero q te volvió triunfante
insultes, descarado y sin conciencia,
a mi honrada, aunque humilde procedencia?
Pues mira, dijo el asno, he formulado
un plan que me ha de dar gran resultado
y a fin de que no creas que es un cuento,
escúchame y verás como no miento.
He notado, añadió, que las abejas,
las jóvenes lo mismo que las viejas,
liban o extraen de las varias flores
del jardín que plantaron mis señores
el dulce jugo que en su seno tienen
y por el cual erguidas se mantienen.
Dentro del cuerpo de estos animales,
según dicen los libros doctorales
vuélvese miel el jugo, y con anhelo
a la colmena llevan en un vuelo
miel que convierte el hombre, siempre activo,
en alimento fuerte y nutritivo.
Y yo discurro del siguiente modo,
que, aunque borrico y todo,
no dejo de tener mis triquiñuelas,
sin haber asistido a las escuelas.
Si las abejas dan miel excelente
de las flores libando, es evidente
que haciendo yo lo mismo con hartura
miel he de producir muy fina y pura.
Y al jardín se largó dando cabriolas,
De rosas, nardos, acacias y amapolas,
de azucenas, claveles y otros ciento
con ansia tanta se atracó el jumento
que, es claro, al otro día,
un cólico le entró que se moría,
quedando tan pachucho y extenuado
que no pudo en un mes probar bocado.

*Esto pasa con muchos eruditos,
que se atracan de textos infinitos,
sin tener para ello condiciones,
padeciendo, después, de indigestiones,
como el asno del cuento,
para dárselas de hombres de talento.*

TOMÁS LUCEÑO



Dib. CASTILLO.—Madrid.

EL GUÍA.—Y aquella que está señalada con una cruz fué la primera piedra que se colocó en el castillo.

PARA TRIUNFAR EN LA NOVELA GALANTE

Hasta ahora —adiós, muy buenas— nos han proporcionado humoristas amables el método infalible para triunfar en el teatro, ya como dramaturgos, ya como simples libretistas de zarzuela, dicho sea lo de simples sin la menor intención. La mía en estos instantes, es proporcionar a los bondadosos lectores el modelo que ha de permitir-

les confeccionar novelas galantes que les transporten desde el montón de los ignorados a las seiscientas ochenta y cinco ediciones con sus correspondientes banquetes.

Manos a la obra, o, si ustedes lo prefieren, a la novela.

Primeramente, tómese un matrimonio sin hijos, siempre sin hijos, y agít-

tese hasta que la «pelotera» sea inminente. Podemos colocarles en la mesa, a la hora del almuerzo.

Comiencese en esta forma:

«Dora miró a su marido. Pascual devoraba, a grandes sorbos, la sopa de hierbas, produciendo un monótono gluc gluc que a Dora se le antojaba grosero.

Entró la doncella. Traía en sus manos la bandeja, y, sobre ella —sobre la bandeja, naturalmente—, un pollo completamente asado y una salsera que se desbordaba.

Dora sirvió a su marido.

—No me pongas salsa —dijo él—. Sabes que no me gusta.

—Esta te gustará —afirmó ella—. Yo misma la he preparado para tí.

Pascual aceptó el halago, pero no pudo hacer lo mismo con la salsa.

—¡Es una porquería! —escupió—. ¡No sabes guisar ni condimentar! ¡Vaya salsa la tuya!

Dora bajó los ojos y suspiró. Pascual acababa de producir un ruido demasiado vulgar. Pascual era un tipo excesivamente ordinario, carente de toda sensibilidad, para una mujercita tan sensible y delicada como Dora.

Así puede ser, a grandes rasgos, uno de los primeros capítulos. En otro, Dora debe salir a la calle. Irá de compras.

Veamos:

«Dora subía por la calle de la Montaña y, aunque mal, pues llevaba la mano contraria, lo hacía por la izquierda.

Al llegar a la altura de una camisería que hay en esta acera y que muestra en el escaparate aparatos de galena y material de radiotelefonía, Dora se cruzó con un señor de aspecto grave y severo que la miró apasionadamente. Dora se sintió electrizada al sentir sobre su piel la caricia de aquellos ojos negros y brujos.

La mujer de Pascual siguió su camino, pero ya no pudo borrar de su imaginación la visión del caballero grave y severo. Creía tenerle detrás y sin embargo, no se atrevía a volver la cabeza. Al fin, volvió rápidamente el rostro y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no desfallecer. ¿Había sido un fenómeno nervioso? No. El caballero grave y severo estaba a su lado. Su aliento la envolvía y acariciaba. Cerró los ojos. Dora se hubiera estrechado contra un farol si él no lo hubiera evitado.

—Señora —exclamó el caballero, etcétera, etc.— ¿Os sentís indisputada?

—Gracias..., no... —suspiró ella, sin saber qué decir—. Ya pasó... He comido poco... sabe usted...

—Debilidad, entonces...

—Sí, justamente...

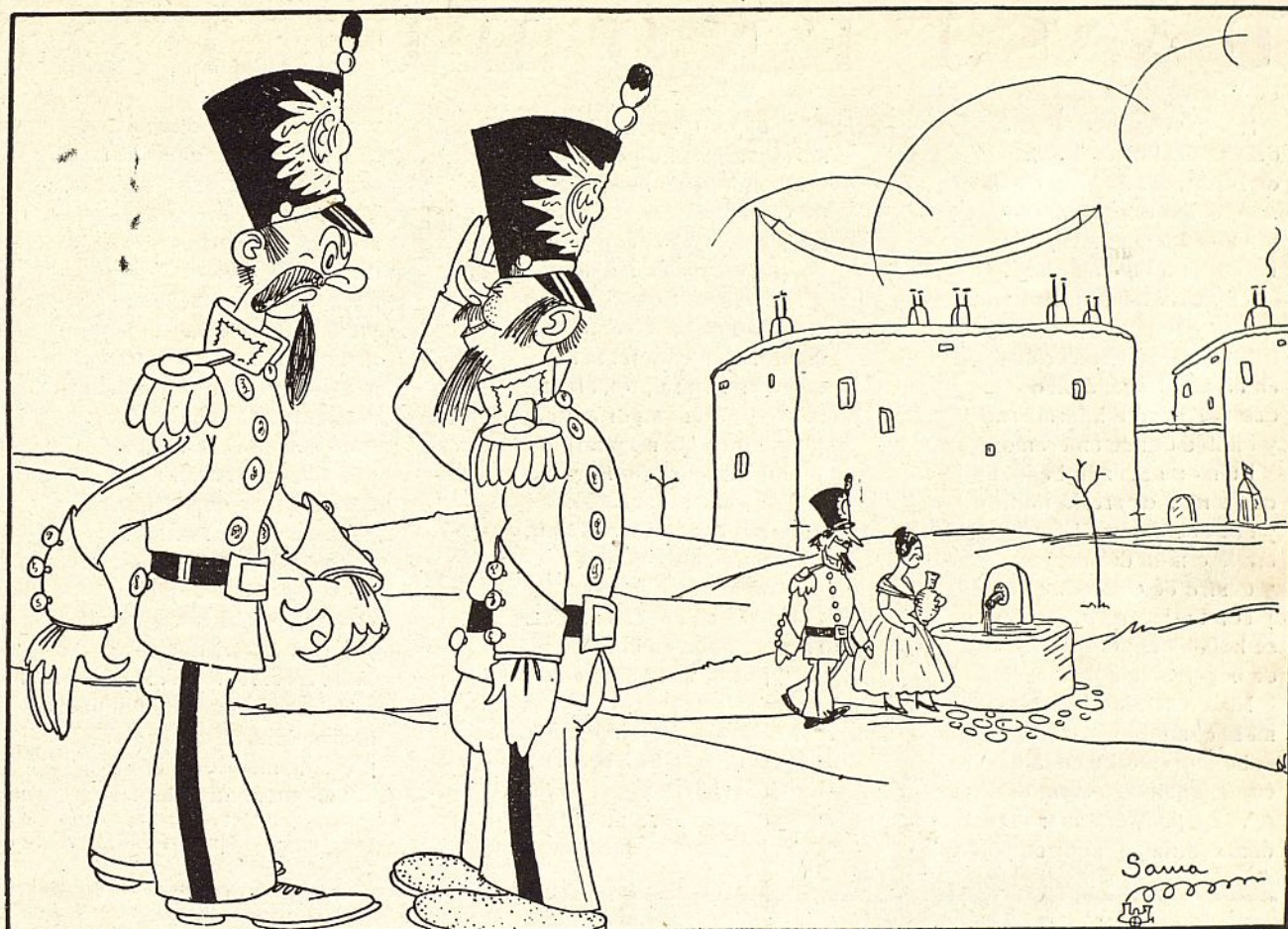
Dora estrechó la mano de su sal-



Dib. Enciso.—Madrid.

LA SEÑORA.—*La casa está muy sucia y me voy a ver obligada a tomar otra doncella.*

LA DONCELLA.—*Y hará muy bien la señora; así, entre las dos, tendremos más limpia la casa.*



—¿Por qué se ha vestido así?

—¡Porque me ha dicho el sargento que me va a dar una bofetada que me va a volver la cara del revés!

Dib. SAMA.—Madrid.

vador. Estaba fría —Dora y la mano.

—Usted también parece enfermo. Está usted helado.

—Me ha asustado usted. Creí que se estrellaba... Además, su hermosura...

—Es usted demasiado amable—agradeció Dora con una sonrisa.

—Lo merece usted todo, ¡todo! ¡Por usted se puede llegar al alboroto, al crimen, al escándalo!

—¡Por Dios, no grite! ¡Al escándalo, no!

—¿No es usted libre?

—No.

—¡Oh! ¡Qué pena! ¡Si fuera usted libre!...

—¡No me lo recuerde!

—¡Con la salsa que usted tiene!...

Dora creyó desfallecer nuevamente. Acababa de recordar la escena que ustedes ya conocen. ¡Cuánta diferencia entre su marido, zafio y soez, y aquel caballero tan caballeroso que alababa su salsa!...

—¿Tomamos un coche? —murmuró él al oído de ella.

—¡Existen coches todavía? —preguntó Dora, queriendo resistir. Pero él, galante y mundano, remachó:

—¡Existen, sí, nena, para que los incomprensidos logren la felicidad!

Y Dora se dejó llevar.

Y vamos con otro capítulo, ya de los últimos.

«Dora dudaba. Había acudido siete veces a igual número de citas, y, no obstante, aquella tarde dudaba. ¿Por qué? ¿Remordimiento? Sí. Su marido era bueno, a pesar de sus groserías. Aquella misma mañana la había acariciado la barbilla. Pascual no merecía ser engañado. Ella podía regenerarse. Muchas de sus amigas habían engañado a sus maridos dos, tres, hasta seis veces, y, a la séptima, se habían regenerado. Sí, era cosa de regenerarse. No acudiría a la cita.

Dora consultó el reloj de pulsera, re-

galo de «él». Al contemplar la diminuta esfera, bizcó los ojos y le pareció que dos niñas negras y brujas le miraban. ¡Sus niñas! Dora tuvo un momento de vacilación.

—¡Alberto! —suspiró— ¡Iré!... ¡Sí!... ¡Tus ojos!... ¡Tu mirada!... ¿Qué tienes en los ojos?... ¿Qué tienes?...

No había visto la hora. Volvió a mirar. Las ocho. Dió un grito. Demasiado tarde. Imposible llegar, aunque tomara un taxi.

—¡No voy! —exclamó Dora con resolución—. ¡Esposo mío! ¡Por tí lo hago! ¡Soy una pobre mujer que se acaba de limpiar de pecado!»

Como acaban ustedes de ver, la cosa no puede ser más sencilla. Si siguen mis consejos y tienen la suerte de que sus novelas se agoten, les aseguro formidables éxitos.

PABLO TORREMOCHA.

UN SUEÑO HÚMEDO

¡Qué sueño tuve la noche del día del Patrón Santo de Madrid!... Soñé que estubo todo el día diluviando y fué la fiesta una especie de feria de Valdecharcos.

En unión de un primo mío, que es bastante hidroterápico, me marché a la romería en un taxi trasatlántico que nos llevó a la pradera y allí fué donde amaramos.

Fuimos nadando hasta un punto que a mí me pareció un faro y que según me dijeron era la ermita del Santo, y dentro de ella, entre *velas* y con un *remo* en la mano se hallaba el patrón bendito de impermeable y en zancos.

Nunca he sido irreverente; mas, como llovía tanto, soñé que entraba en la iglesia con el sombrero *calado*.

Ví después dos marineros dando a un aguador de palos

por uz er tomar a tiros un columpio... digo, un barco, y una pareja de buzos de Orden público, en el acto les pidió unos documentos, que eran papeles mojados.

No salió el Sol... (ni *El Debate*), y viendo llover a cántaros, en un flotante aguaduchó, como es natural, tomamos huevos pasados por agua, y un chocolate muy turbio y al mismo tiempo muy claro. Allí ví botijos llenos, osiras y almejas de campo, pitos con algas marinas y Neptunitos de barro.

En vez de bailes en seco, regatas hubo en el charco. (Yo, por lo menos, ví algunas señoras *regateando*).

No estaba allí Muñoz Seca ni estaba Juan Polvoranco; un Cornejo era el que había tomado aquello a su cargo.

Volvimos muy tarde a casa

y, por no volver a nado, nos metimos en un bote conducido por dos patos, y un autobús de la escuadra nos dió tan fuerte golpazo que en el Puente de Toledo por poco si naufragamos y con nosotros las tontas que nos vendió un *javiereno*. Por cierto que estaban lisas; mas como el agua de mayo hace que crezcan los pelos y las llovió encima tanto, después tuve que afeitarlas para darlas un bocado.

Esto pasó, aunque en las nubes decía un cartel muy alto:

«No se permite hacer aguas»
¡Ya ves, lector, qué sarcasmo!

Tal fué mi sueño en la noche de San Isidro: es exacto.
¡Perdóname, lector mío, si te aburrió su relato!

JUAN PEREZ ZUÑIGA

EL CHARLESTÓN (LECCIÓN DE BAILE)

—¿Quieres bailar, Asunción?
—¡Gorito! ¿Qué he de querer si es tan raro el *charleston* que no lo puedo aprender?

—¡Quiá! ¡La cosa más sencilla que se puede imaginar! Deja que busque una silla y te lo voy a explicar.

(Y Gorito, que es un memo, se sentó junto a Asunción y tras un gesto supremo comenzó la explicación.)

—Este baile tan de moda, tan gracioso y tan pimpante que hoy lo baila casi toda la juventud elegante,

lo inventó por pura broma un fabricante sajón de medias suelas de goma que se llama Charles Thonv.

El buen Charles que veía gloria y dinero sin fin, cerró la fábrica un día y se metió a bailarín

y su baile singular como lo estás viendo tú, se ha hecho ya más popular que el jarabe de *tolú*.

¡Mira si soy erudito! Terpsícore lo pregona!

—¡Ya lo veo, ya, Gorito!

¡Estés hecho una persona!

—Pues bien; como te decía este baile tan reciente tiene mucha poesía y consiste en lo siguiente:

Se coge por la cintura lo mismo que en los demás; las manos hasta esta altura poco menos, poco más, y los pies, punta con punta, se apoyan en el talón y se separa o se junta la indicada posición,

pero así, como quien pisa ya adelante, ya hacia atrás ni despacio, ni de prisa y a medida del compás.

La mirada siempre al frente, el cuerpo erguido, arrogante,

para que vea la gente que no es uno un principiante.

Y además de cuándo en cuándo, para adornar la figura, un suspiro leve, blando, lleno de amor y ternura.

Y mientras con interés poco a poco entras en ganas, vas haciendo con los pies todas estas filigranas.

¡Fíjate! ¿Lo ves? ¡Así! (*Bailando*)

—¡Jesús, qué cosa tan fea!...

—¿Fea, dices?

—¡Fea, sí!

—(¿Será que se pitorrea?)

No es baile que escandalice aunque en el paso tropieces.

¡A los payasos de Price

se lo habrás visto mil veces!

¿Conque bailas, Asunción?

¡Decídetes y hazme caso!

—¡No bailo! ¡Tienes razón!...

¡¡No quiero hacer el payaso!!

FIACRO YRÁYZOZ



EL.—¿Pero no te dijo el doctor que te alejaras del tabaco?
ELLA.—¡Claro! ¡Por eso me compré esta pipa tan larga!

Dib. Tono.—París.



Dib. CUESTA.—París.

—¿Te has fijado en que Pocholo nos sigue?
—¡Sí: nos sigue pareciendo un idiota!



Dib. ULICA.—Barcelona.

—Y qué. ¿Cómo van tus relaciones con Alfonso?
—Admirablemente, hija mía: ayer se empezó a pelear con mamá...

EL SUPPLICIO

Ella se había alzado sobre las puntas de sus pies y, mirándome cariñosamente, me había dicho:

—Quiero que me invites a dar un paseo en automóvil.

Pasó un *taxi*, se detuvo al ademán de mi brazo y montamos en él.

—¿Adónde vamos?

—Por ahí...

No es que me indicase una dirección. El «por ahí» quería decir tanto como «por el mundo».

—Pues por ahí.

—¡Qué bien! —exclamó cuando el vehículo se puso en marcha.

—Sí, muy bien.

Irradiaba satisfacción. Queriendo gozar plenamente del placer que la

proporcionaba el *auto*, exageraba los vaivenes de su cuerpo de tal modo que hube de temer que, al igual que las cordones recién enjauladas, se rompiera la cabeza contra el techo de su prisión. El *taxi* había llegado a un amplio paseo y se deslizaba rápido y silencioso por la superficie del asfalto. Tras de las ventanillas pasaba la cinta de árboles y de luces, que era como una bandera de dos colores: blanco luminoso y verde.

Y, de improviso, mis ojos se detuvieron en una lucecita colocada ante mí: la bombilla del contador. Se destacaban de la negrura del aparato unas letras blancas que decían. «Cantidad a pagar» y, más abajo, una cifra: 2,40.

La cifra cambió rápidamente. Al cuatro de los céntimos sucedió un seis y a éste, en poco tiempo, un ocho... Luego, toda la cifra cayó en el fondo de la caja negra como si hubieran tirado de ella desde abajo, y otra nueva vino a ocupar su sitio: 3,00.

Oí que me decía ella:

—Me pasaría la vida montada en *auto*.

Y fué milagroso que no la contestara inconscientemente: —¡Te iba a costar un dineral la vida! Por el contrario, dije con galantería idiota:

—Yo también... contigo.

A pesar del poco ingenio de la frase, ella la agradeció acercándose a mí. Casi no me di cuenta del movimiento

suyo, En aquel instante me encontraba atareadísimo calculando las pesetas que costaría realizar el capricho de aquella mujer. Si en diez minutos que llevábamos de marcha el contador marcaba tres pesetas, en sesenta minutos que tiene la hora, la cantidad ascendería a diez y ocho pesetas... Pues bien, el día tiene veinticuatro horas que, a dieciocho pesetas la hora, son... ¡quinientas sesenta y dos pesetas al día! Teniendo en cuenta que una persona vive por lo regular unos sesenta años y que cada año tiene trescientos sesenta y cinco días... No llegué a deducir la cifra. ¡No pude deducirla! La imaginé tan sólo y un escalofrío de espanto sacudió mi cuerpo.

—¡Qué barbaridad! —me parece que dije en voz alta, ya que ella, mirándome asombrada, preguntó:

—¿Qué te pasa?

Inconscientemente mis ojos, atraídos por el imán de la lucecita blanca, leyeron la cantidad que marcaba el contador. Era 4,20. Y un momento más tarde 4,40. Y luego, en seguida, 4,60. Los números se turnaban con la inclemencia de un mecanismo terrible

—¿Qué te pasa? Te hablo y no me respondes.

No la hice caso. Seguí ansiosamente el gotear de numeritos blancos, 5,20, 5,40, 5,60, 5,80, 6,00... Mi nerviosidad crecía al compás que crecía la cifra. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no gritar: —¡Basta! ¡No puedo resistir más!

Recuerdo que destrocé con los dientes un pañuelo y que mordí mis labios hasta hacerlos sangrar. intenté cerrar los ojos para dejar de ver la negra cajita y sus números, pero algo más fuerte que mi voluntad me hacía abrirlos y fijarlos allí con ansiedad de lunático. ¡Aquello era inacabable y espantoso! Consulté mi reloj. Marcaba las siete. Es decir, que hasta las nueve y media, hora en que acostumbrábamos a separarnos ella y yo, el suplicio continuaría. Caí en un sopor angustioso, poblado de pesadillas. Una legión de números danzaba frenética en torno mío.

Después de cada una de las danzas, los números se colocaban en fila, uno detrás de otro, como hacen mutis los coros en las revistas escénicas. Y formaban así una cifra enorme.

Cuando torné a la realidad, el contador del taxi marcaba 10,80, pero, como de costumbre, nuevos números sucedieron a éstos. Mi cerebro estaba borracho de cantidades y enloquecido por el suplicio.

—¿Qué te pasa?

—Que estoy loco, ¿te enteras? ¡Loco! ¡Ahora vendrá el dos seguido de un cero! ¡Y luego al dos le sustituirá un cuatro! ¡Y al cuatro un seis! ¡Conozco la monotonía del procedimiento!

La debieron asustar mis palabras y mi gesto. Comenzó a gritar y tuve que taponarle la boca con la mano.

—¡Calla! Verás... ¿Lo has visto? ¡Trece! ¡Pues ahora aparecerá un dos! ¡Calla, maldita!...

No pude sofocar sus gritos que sonaron angustiados, dominando el ruido del motor. Se detuvo el auto.

Pagué la cantidad que el contador marcaba y continuamos andando en silencio.

Ella me miraba de reojo, con asombro y con miedo...

No la he vuelto a ver. La perdí para siempre. Tampoco he vuelto a tomar un taxi. No lo tomaré más en la vida.

J. SANTUGINI PARADA



Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

—En mi tiene usted su mayor admirador. He leído todas sus portentosas novelas, he visto sus magníficas comedias...

—Bueno, haga el favor de no darme más jabón...

EL CONDUCTOR DEL "METRO"

Siempre que descendemos a cualquiera de las estaciones del Metropolitano madrileño, sentimos una punzante desazón cuando, en el momento que penetra en los andenes la ringlera de vehículos que componen el tren, divisamos al empleado que, encerrado dentro de una cabina encristalada, lleva, a la cabeza del primer coche, la misión de conducir a los viajeros. ¿Se ha meditado acerca de la enojosísima situación en que se halla dicho honorable funcionario?

Los demás empleados del ferrocarril subterráneo tienen, dentro de las horas de cumplimiento de jornada, distracciones y entretenimientos que hacen que su trabajo sea llevadero. Las señoritas encargadas de taladrar los billetes y las taquilleras, conversan entre sí, o escuchan piropos de los viajeros tenorioscos, y los jefes de estación, en los ratos de descanso, leen periódicos o novelas, o se dedican a admirar la mayor o menor belleza de las viajeras.

Al desdichado funcionario a que venimos aludiendo no le es dable, por desgracia suya, gozar de tales ventajas.

El conductor del «Metro», como se halla incomunicado dentro de su gari-

ta, no encuentra con quién hablar. Alguien tal vez considere la situación de este empleado semejante a la de un conductor de tranvías. Mas, por bien poco que se medite, se verá que, por el contrario, no guardan analogía alguna ambas profesiones. Es cierto, no lo negamos, que en la plataforma de los tranvías existe un letrero que señala: «Prohibido hablar con el conductor». Pero ello indica—está bien claro el rótulo—que los viajeros quedan imposibilitados de dirigir la palabra a dicho empleado; mas éste puede muy bien, como en realidad sucede, charlar cuanto desee con los ocupantes de la plataforma. Además, el conductor tranviario, en tanto cumple sus deberes, lanza chicleos a las lindas transeuntes y vierte insultos sobre los cocheros y carreteros que, con sus carruajes, interceptan la vía, lo cual constituye un entretenimiento.

El conductor del «Metro» no puede, como hacen los jefes de estación de dicho servicio, distraerse leyendo la prensa, puesto que ha de ir siempre alerta, la vista fija en los discos de señales y las manos atentas a las manivelas de conducir.

Al conductor del «Metro», por últi-

mo, no le es dable escuchar piropos, a semejanza de lo que les sucede a las señoritas empleadas en dicha empresa, ya que tiene que llevar el oído pendiente de las pitadas del jefe de tren.

Mas, sobre las que ya hemos señalado, aún ha de sufrir tan infeliz funcionario una más terrible desventura: la de hallarse condenado a circular por un túnel durante ocho horas diarias. ¿No supone tal cosa algo tremebundo, que contadas personas podrían soportar?

Ciertos individuos, al ser interrogados acerca de su opinión sobre el ferrocarril subterráneo, han replicado:

—No nos gusta viajar en el Metropolitano porque en el trayecto no se admira paisaje alguno.

Debe reconocerse que, en verdad, no resulta muy interesante el divisar durante el recorrido tan sólo una bóveda de mampostería; mas los viajeros, después de todo, únicamente soportan el aburrido espectáculo unos breves minutos. Pero ¿no ha de deprimir forzosamente su ánimo, e incluso, con el tiempo, adquirir la enfermedad de tedio, quien, por obligación, se ve sujeto a resistir días y días tan monótona perspectiva? ¿No es, pues, como venimos señalando, una situación ciertamente terrible la en que se encuentra el conductor del «Metro»?

Apiadados del citado funcionario, nosotros proponemos a la empresa explotadora de dicho servicio el que, como remedio salvador, ya que con ello se lograría confortar el ánimo del empleado a que nos referimos, proporcionándole cierta distracción durante las horas de jornada, el que, a lo largo de los túneles, para recreo de la vista, instale una serie de decoraciones representando variados aspectos de la naturaleza y fieles reproducciones de panoramas de mundial celebridad, como, por ejemplo, el Montblanc suizo, la Torre Eiffel, con el Campo de Marte a sus pies, la tumba de Tut-Ankh-Amen, el Parlamento de Londres, las Pirámides, etc., etc.

Con ello, la Compañía del Metropolitano evitaría el que, más o menos tarde, caigan víctimas de «spleen» un buen número de sus empleados, y, además, introduciendo semejante novedad en su negocio, vería cómo a sus líneas acudían nuevos viajeros, unos deseando admirar sencillamente el paisaje universal allí instalado, otros porque, en tanto circulaban por el «Metro», forjaríanse la ilusión de que, por la modesta suma de quince céntimos, precio del recorrido, hallábanse dando la vuelta al mundo...

Luis ESTEBAN



Dib. JASO

EL CABALLERO.—¿Qué tiene ese hombre, doctor?

EL MÉDICO.—Estado comatoso.

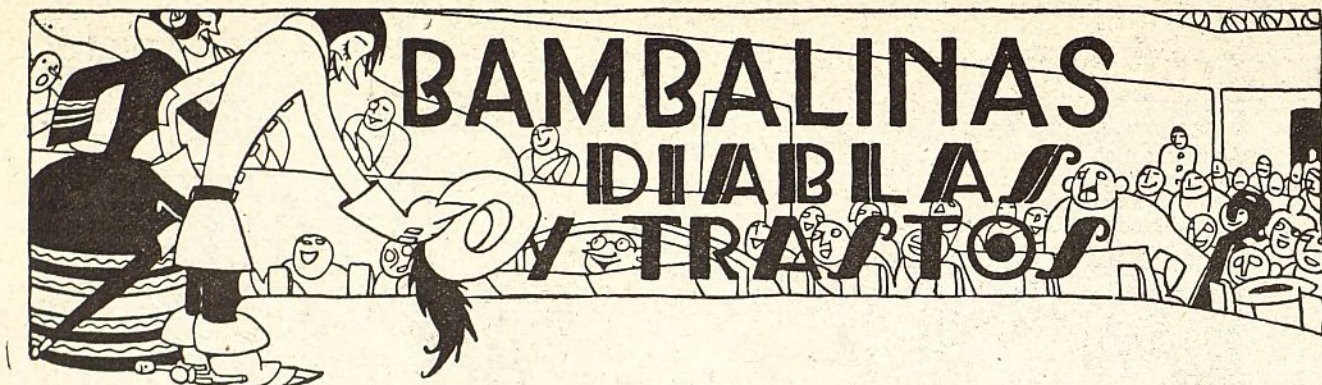
EL CABALLERO.—¿Cómo?...

EL MÉDICO.—¡Coma, hombre, coma!



Dib. SANCHA. —Madrid.

—¡Que Dios se lo premie y se lo aumente!



En el Fontalba. «Un héroe contemporáneo», de Claudio de la Torre.

Claudio de la Torre, ha estrenado con gran éxito, en el teatro Fontalba, la comedia en tres actos *Un héroe contemporáneo*, primera de sus producciones teatrales.

Un hombre como este que lleva por derecho propio nombre de Emperador y una Torre, nada menos, por derecho de herencia paterna, debía haberse dado a conocer en un Coliseo Imperial o cosa análoga. Pero como en este país de los viceversas, país donde la Plaza de Oriente cae al Occidente; donde es moda en invierno ir sin chaleco o llevar dos; país donde llevamos un ojal y un botón en el chaleco para no abrochárnoslo nunca; país donde comenzamos a usar unas suelas irrompibles en los zapatos ahora que ya nadie va a pie, porque tiene coche o muere bajo un coche; en este país o en esta época del mundo—ya que todo el mundo está igual—era forzoso que no fuera colosal el Coliseo y que la Imperialidad del Coliseo se viera confinada, arrinconada, sin más posibles humos que los propios de las freidurías colindantes que asan chuletas a puerta de calle, mano a mano con «El Coli» en el castizo Barrionuevo.

Debido a todo esto, nuestro querido Claudio, Imperator, de la Torre, falto de un Coliseo verdaderamente etimológico, tenía que aproximarse al Fontalba para hacer pendant con su Torre o la torre de Unión Radio, única torre de altura y de alcance, digna del catecúmeno.

El padrino del nene había de ser, pues, personaje de altura, y, en este caso, en efecto lo ha sido —¡qué atrocidad!— un marqués nada menos: el M. de Fontalba.

Además; el estreno de obras de la índole irónica, de *Un héroe contemporáneo* puede beneficiar a todos. La influencia de un determinado teatro en las costumbres ha sido terrible. Hemos estado en nuestra vida privada decla-

mando con arreglo a los arranques de un teatro entre calderoniano y romántico; y ha resultado con el tiempo que cada acto de nuestra vida era, en efecto, un acto de teatro y nosotros unos comediantes. «¡Hábeis ultrajado mis canas!» —nos grita un comendador cualquiera, más o menos Jefe de Negociado, y nopiensa que, de haberle ultrajado algo, sería el bisoñé. «¡Imposible la hais dejado!» —grita un Luis cualquiera al primer Juan que le birla la novia por un rato; y no hay tal: las interesadas suelen seguir, en esos casos, perfectamente posibles y en buen uso.

No es que a nosotros nos parezca mal hacer de comediantes en la vida. *Xenius* lo prescribe y nosotros acatamos al Glosador. Pero nos parece que debemos cambiar de repertorio y no usar dramática de capa y espada, sino de gabán y bastón.

En la comedia de Claudio de la Torre, la frase de «capa y espada» que da pretexto al juego es la de «¡Usted no es un caballero...!» y su consecuencia obligada: «Una ofensa de ese género tiene que ser lavada con sangre...!»

Es incalculable el número de lavaderos de sangre que se han establecido a costa de esas frases de teatro antiguo, del teatro en donde los protagonistas tenían que ser heroes a la fuerza. Ahora se ha inventado otro teatro, de heroes contemporáneos, que tienen Máscara y Rostro, y que tienen por ascendiente a un hombre nada más y nada menos: «Nada menos que todo un hombre», aquel personaje—o persona—de Unamuno que contestaba al noble —al título queremos decir— cuando éste pronunciaba la frase de marras: «¡Entonces, señor don Alejandro Gómez, usted no es un caballero!» «¡Claro que no lo soy, hombre, claro que no lo soy! ¡Caballero yo! ¿Cuándo? ¿De dónde? Yo me crié burrero y no caballero, hombre. Y ni en burro siquiera solía ir a llevar la merienda al que decían que era mi padre, sino a pie, a pie y andando. ¡Claro que no soy un caballero! ¿Caballerías? ¿Ca-

ballerías a mí? ¿A mí? Vamos, vamos».

Pero... ¿he dicho Unamuno? ¿He dicho «Todo un hombre»? ¡Disimulen!... ¡No he dicho nada!... ¡Punto en boca!...

En la Latina. «Cada uno a su manera», de Pirandello.

—Esta nueva obra de Pirandello, *Cada uno a su manera*, es la verdad misma.

—La verdad para Pirandello no está en ninguna parte.

—Al contrario, lo está en todas.

—Bueno, es igual; yo no discuto más a Pirandello... ¿La verdad misma, dice usted? Pues hecho: la verdad misma...

—La verdad, la verdad pura.

En el escenario se arma un lío tremendo a costa de otro lío escabroso entre El y Ella y El Otro y Otro que interviene después, y el amigo de este otro... Se arma el lío —no: dos líos; no, mejor dicho: tres líos; o, para ser más exactos: cuatro líos; y eso que, no, perdonen ustedes, ahora que recuerdo, son cinco: cinco líos—, se arman cinco líos porque, verán: hay un asunto, un lío—primer lío—entre El, Ella y El Otro, peripecia ya pasada pero que da motivo a todo; luego hay otro lío, lío segundo, producido entre dos amigos por una discusión acerca del caso de El, Ella y El Otro, discusión que se enreda y determina entre otras cosas un duelo. Hay otro lío luego —tercer lío—, porque un nuevo personaje se dedica al enredo filosófico a fin de hacernos ver que nadie sabe lo que dice ni por qué lo dice; que cada cual se figura, muy en serio, pensar una cosa y piensa otra, la misma que pensaba ayer nuestro contrincante, pero que ni por esas logramos pensar todos igual porque nuestro contrincante se ha pasado a nuestro bando mientras nosotros nos pasábamos al suyo; y que si las gentes no se entien-



Dib. ESPLANDIU—Madrid.

—El médico me ha dicho que si quieres ponerte bien tienes que abandonar completamente la bebida...
—¡Chiquilla! ¡No creí que estuviera tan gravel...

den en el mundo es porque, además de todo esto y de no coincidir nunca en la media vuelta a la derecha o a la izquierda, todos, al decir una cosa piensan otra, y los que se odian no se odian, y los amigos no lo son y cuando insultamos al prójimo es a nosotros mismos a quienes dirigimos el insulto, porque nos vemos en el prójimo como en un espejo.

—Todo eso es muy verdad.

—La verdad misma... El cuarto lío consiste en que de pronto el pasado vuelve, El Otro aparece, y el primer

asunto se mezcla con el segundo. el quinto lío proviene de que hay en El teatro unas personas cuyo lío privado es idéntico al lío de la obra—a uno de los líos de la obra—que están viendo en escena e interrumpen la representación desenlazando su drama real lo mismo que acaba de desenlazarse el drama de la escena.

—Ya están los cinco líos...

—Pues hoy otro.

—¿Hay otro lío más?

—Otro lío: el lío que se forma el público al salir de ver la obra.

—Pero eso no es ya de la comedia.

—¡Sí!... De la comedia. Pirandello ha puesto en su obra unos intermedios en los que se ve al público que sale al foyer, después del primer acto, y comienza a comentar lo que ha visto en escena. Gracias a eso vemos también nosotros que ni un solo espectador se ha enterado, ni por casualidad, de lo que ha querido —o no ha querido— decir Pirandello... ¿Eh? ¿No ve? ¡La verdad misma!

MANUEL ABRIL

RECLAMACIONES EPISTOLARES

De un pollo a una vecina.

«No se qué tienen sus ojos
que siempre que usted me mira
siento en la cara *sonrojos* (¡¡ !!)
y en el corazón *antojos* (¡¡ !!)
aunque parezca mentira...
Tienen tan raro fulgor
sus pupilas para mí
que me producen dolor...
Se lo pido por favor:
¡no me mire usted así!...
¿Mira usted enamorada?
¡Tiemblo como un azogado
al fulgor de su mirada!
¿Mira usted incomodada?
¡Pues ya me tiene atontado!...
Se lo digo sin doblez
ni retóricas ficciones:
¡me causa usted embriaguez
y ocurre que alguna vez

parece que veo visiones!...
¡Y me acometen vahídos
que mi cerebro trastornan!
¡Y me hieren los oídos
ecos raros y zumbidos
que me arredran y abochornan!...
Lo declaro con franqueza
porque franco siempre fui:
¡si sus ojos no endereza
nunca sabré con certeza
cuándo miran hacia mí!...
Con sus ojos el demonio
sin duda quiso enredar
y de ello dió testimonio.
¡Parecen un matrimonio
que se quiere divorciar!...
Por eso yo no resisto
su mirada abrumadora
y en que no me mire insisto,
pues sus ojos por lo visto
están *de monos*, señora...

Y aunque la cause *sonrojos* (¡¡¡ !!!)
y me haga usted, por audaz,
víctima de sus *enojos* (¡¡¡ !!!)
¡no me fleche usted los ojos!...
hasta que los ponga en paz!...»

E. L. E.

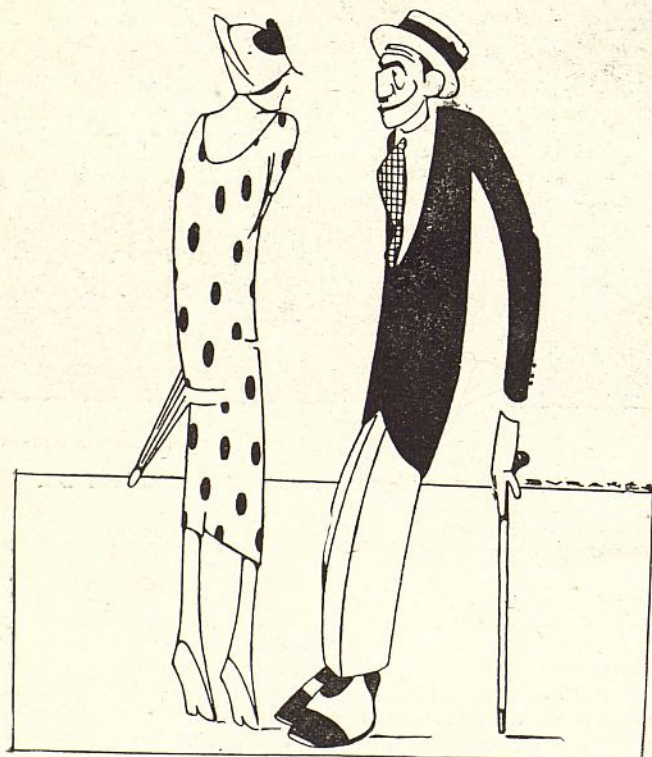
...

De un hombre serio a una patrona.

«¡Nada, no paso de aquí,
doña Pepa! ¡Esto es horrible!
¡Usted me ha tomado a mí
por un *primo*, y no es posible
que siga la cosa así!...
El estómago más sano
no resiste cuatro días
este alimento inhumano...
¡Además, yo soy cristiano
y aborrezco a las *judías*!...
¡A un pobre, lleno de males,
propinarle este alimento!...
¿Quién ha visto, por diez reales,
dar unos guisos fatales
mitad agua y mitad viento?...
¿Cómo poder aguantar
tanto endiablado potaje
como usted me quiere dar?
¿Se ha llegado *usté* a pensar
que trata con un salvaje?...
Ayer, a esta misma hora,
le dije a usted claramente
lo que la repito ahora:
¡yo como carne, señora,
sin ningún inconveniente!...
Estoy débil y no admito,
señora mía, otro trato
que el trato que necesito.
¡A mí se me importa un pito
echar de menos al gato!
¡Siendo carne, me es igual
la índole del animal
que murmure en la sartén!
¡El caso es que sepa bien,
aunque a usted le *sepa mal*!...
¿Merme yo sus intereses?
¿No la doy, todos los meses,
cables mis treinta duros
quedándome sin *cafeses*
sin pitillos y sin puros?...
Entonces, ¿por qué razón
aguantar, día tras día,
tan triste alimentación?
Yo podré ser un melón
pero ¡no tanto, hija mía!...
Piense *usté* en lo que la pido
muy en serio, desde ahora
enérgico y decidido.
¡Déme usted carne, señora!
¡De vaca o de su marido!...»

A. T.

Por el trabajo de la copia,
UN CHISMOSO



Dib. BURAAÑEES.—Valencia

EL.—Por tí soy capaz de todo...

ELLA.—Pues, cástate conmigo.

EL.—... de todo, menos de eso.



DEL BUEN HUMOR AJENO



EL HOMBRE QUE NO QUERÍA TRABAJAR

POR GERMAIN BEAUMONT

La holgazanería no viene con los años. Desde la cuna, ya era holgazán Pablo. No tomaba más que un biberón de cada dos que le daban, para no cansarse, y sus primeras palabras fueron para decir que estaba resuelto a no hacer nada jamás. Fué el último de la clase de párvulos, el último de la escuela, el último en todas partes en donde había que hacer algo. Se levantaba el último, dormía por recreo y comía muy poco a causa de la insoponible labor de masticar. Recibió tantas palizas, que constituían una especie de cultura física. Sano, erguido y bien portado, puede decirse que si crecía era porque esta evolución se opera a pesar del individuo. De otro modo, hubiese sido, por holgazán, un enano. Mientras que no se reveló más que como un mal alumno, todo fué bien. ¡Pero cuando le fué preciso aprender un oficio!... Todos los intentó, uno tras otro, sin conseguir nada. Su padre le baldaba a palos.

—Pero si ya he dicho que no quiero trabajar—respondía Pablo suavemente—, ¿por qué os obstináis?

—¡Acabarás en el patíbulo!

—Hay muchas escaleras, papá. Si la guillotina estuviese en planta baja, no te digo...

...

El no hacer nada conduce casi siempre a acabar mal. Un día que se entretenía a dar vueltas a sus pulgares a razón de una por hora, Pablo despertó la admiración a un golfante que lo miraba:

—Ya que no quieras hacer nada, te voy a enseñar un truco magnífico para obtener dinero sin ir a trabajar. Entrás en una tienda, y mientras el comerciante se vuelve de espaldas, coges el dinero del cajón.

—Pensaré en ello—prometió Pablo—, porque es un hecho evidente que si no me gusta trabajar, el dinero sí me gusta.

Y por holgazanería orientó su pensamiento hacia el robo de los cajones de las tiendas.

El primero lo hizo con gran facilidad, aunque el fruto no fué cuantioso. La mercera no tenía en su cajón más que una pieza de diez céntimos aguje-

reada, porque acababa de salir el recaudador de contribuciones. Pablo se guardó la moneda como amuleto. Al día siguiente se levantó un poco más temprano para robar en un almacén de granos.



—¿Qué es un homicida?
—El que mata a un hombre.
—Bien: ¿y un suicida?
—El que mata a un suizo.

De Pêle Mêle, París.

—Pablo se regenera—dijo la madre. La operación le salió también, que pensó en realizar otras en mayor escala. Robó a un joyero y luego a otro y a otro. La suerte le acompañaba siempre. Para poder subirse a los tejados, se hizo acróbata; después apren-

dió boxeo para defenderse, si llegaba el caso.

Como su negocio aumentaba y no podía atenderlo sólo, tuvo que tomar empleados, a los que preparó, realizando con ello una labor de titán.

Después organizó una vasta empresa con sectores, jefes de servicio, etc.

Alquiló una oficina y tomó una secretaría. Todas las mañanas entraba en su despacho antes de las siete de la mañana. Había que descifrar telegramas, escribir a las sucursales de provincias y del extranjero (para lo cual había aprendido español, inglés, alemán y ruso), recibir a los emisarios, estudiar planos, dar órdenes, vigilar a los unos y halagar a los otros. Tenía montado un servicio de contraespionaje que le costó meses de incesante preocupación, merced al cual tenía atados de pies y manos a sus subordinados. Y, además, ¿no tenía que administrar los capitales que afluan a la casa, colocarlos y hacerlos fructificar?...

Fundó una cooperativa para sus empleados, un banco, que un día por distracción saqueó, y un orfelinato, sin contar los dispensarios, casas de maternidad, etc., etc.

Para poder atender a todo, tuvo que instalar una cama en la oficina, en donde se echaba vestido y todo, una hora. El resto del tiempo lo dedicaba a escribir, ordenar y distribuir el trabajo. Su secretario murió al poco tiempo de cansancio.

No se casó Pablo porque no dispuso de una hora para ir a la alcaldía. Cayó enfermo y el médico le dijo que la causa era el exceso.

—Pero si yo no trabajo.

—Pues tiene usted una manera de no trabajar que agota más que el trabajo. Hay que reprimirse.

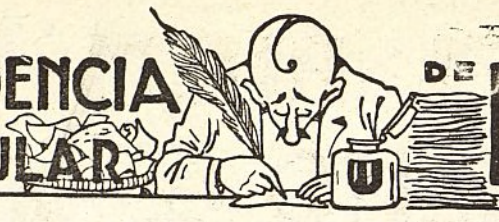
...

Pero Pablo no lo hizo así. Pasó seis noches sin acostarse, preparando un golpe en un Banco de Chicago. El resultado fué tan excelente, que su corazón se rompió al recibir la feliz nueva.

Sólo tuvo tiempo de decir: «Muerdo contento porque no he trabajado».

G. P.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



DE BUEN HUMOR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Lista de literatos, cuyas cuartillas más o menos satñadas no han tenido perdón de Dios... ni de nosotros, que todavía es peor para ellos.—La forman los siguientes cuentistas, cronistas, poetas, analistas, ensayistas y humoristas que van a continuación: Soto Vicente (de Madrid), Lloyd (de Bilbao), L. Escolano, B. Calatayud (de Madrid), Abraham Limoril (de Sevilla), Bilbalnita, Tito Timidito, Efendi, Fray Cualquiera (de Santander), El baturro, (Madrid), Jacinto (de Compostela), Manuel Marínero, B. de P. Barbado (de Larache), Valentín Valencia, Una madreña, Pernambuco (de Madrid), Máximo Gómez, J. Roca Veddo, M. Abad (de Tàfersit), Rurico Cáliz de Silex, Ramiro Gómez (de Madrid), R. R. R. (de Amberes), Mala Pata, Chatelain (de Barcelona), C. Rodrigo del Puerto (de Soria), Maelnez (de Valencia), J. Sánchez Pozo (de Madrid), A. Moreno (de Burgos), Kamufioff (de Barcelona), B. B. (de Melilla), Fray Pío (de Lérida), y A. O. (de Barcelona). ¡Nada más!

Sereno. Cádiz.—¿Con que acabas de salir de una gravísima enfermedad y te encuentras ya tan sano y tan campante?...

Pues nada, ilustre Sereno, me alegro de verte bueno...

Perico de Rúpida. Madrid.
Mi buen Perico de Rúpida: tu prosa es bastante estúpida.

G. Ll. P. Mula.—Con decir que honra usted al pueblo donde vive, creemos haber dicho lo suficiente para que usted se haga cargo del elevado concepto que nos merece.

Castizo. Madrid.—En el artículo que nos remite faltan siete haches, sobran cuatro zedas y sobra la totalidad del artículo. Por lo demás, nos parece usted un ffo simpático; y el día que no escriba nada, nos parecerá usted un gachó ideal.

T. M. T. Alcoy.—
Sus versos a Paz Quirós no tienen perdón de Dios.

P. D. M. Madrid.—Su aterradora crónica se titula *No se admiten propinas*. Nuestra contestación es igual de concisa: ¡no se admiten crónicas...! claro es que en el caso funesto de ser tan malas como la que usted ha depositado sobre sus resignadas cuartillas!...

C. Z. C. Madrid.
¿Son malas mis aleluyas?
¡Pues mira tú que las tuyas!

Furioso. Bilbao.—No seas tan furioso, porque te vas a llevar muchos disgustos como el de hoy. ¡Y qué no tenemos más remedio que dártele, aunque te mueras de hidrofobia! ¿Cómo ocultarte que tu literatura es esperpentina y ridiculiza, ble, indecente y nerálgica, antigramatical y carcelaria, homicida y pestífera?... ¡Sábelo y fallece, y así tendrán término tus furores, descansarás en paz y descansaremos nosotros que es lo importante!...

C. N. F. Bultrago.—Su artículo *¡Biba la Birgen!* es una cosa así como para que le excomulgue el papa, le maldiga el cónclave, se enfade el obispo de la diócesis y le hagamos nosotros un cardenal de imponente tamaño en el sitio que más le duela.

Jack-Jeck. Barcelona.—Como usted nos ruega que le contestemos en serio y sin abusar de la sátira (sic), así lo hacemos. Lo que ha enviado es un mamarracho que nos ha ofendido muchísimo. Haga usted el favor de no volver a hacernos víctimas de tomaduras de pelo semejantes. Aquí somos todos unos caballeros dignísimos que no estamos para perder el tiempo con exabruptos literarios. Y le agradeceríamos que no nos volviese usted a molestar más en su vida... ¡Me parece que más en serio y con menos sátira no se puede contestar a nadie!...

Torongil. Albacete.—Su composición festiva denominada *Gracia y Justicia*, si hemos de hablar con absoluta justicia, no tiene ni tanto así de gracia... ¡Lo lamentamos, pero es verdad!

Don Rodrigo. Madrid.
Degraciado don Rodrigo:
Cestona será contigo.

Ovidio. Madrid.
Muchos que están en presidio no han hecho lo que hace Ovidio.

Don Nuez. Málaga.
Sería una estupidez admitir lo de don Nuez.

Mendo. Bilbao.
Nos aburrirnos leyendo la larga historia de Mendo.

LAS NIÑAS «BIEN»
YA NO ESCRIBEN MAL gracias a la admirable *Ortografía Martínez Mler*, de la que todo elegante posee un ejemplar,—6.^a edición.

Picazo. Huelva.
Se merece un estacazo por su soneto Picazo.

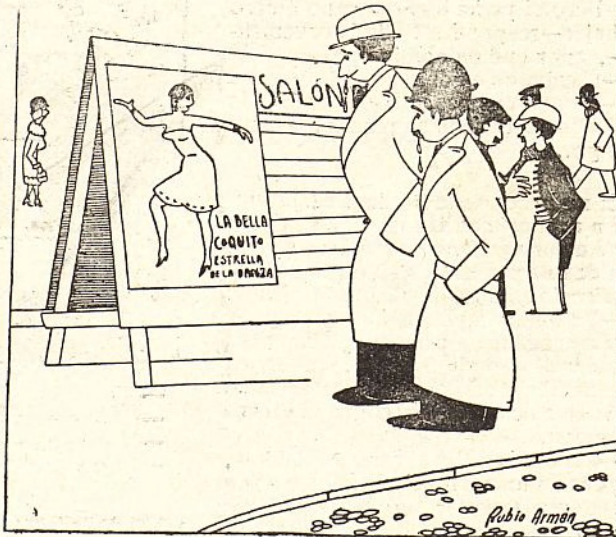
Tino. Madrid.
Aterra por lo cochino el cuento que manda Tino.

María. Madrid.
Una multa nos valdría publicar lo de María.

Ciro. Guadalajara.—De su biografía titulada *El señor conde de Romanones es cojo, pero honrado*, nos parece buena la intención pero muchos de los versos de que se compone son todavía más cojos que el excelentísimo Conde y eso no puede tener lo que llamamos los clásicos buena pata, pero de eso a tenerla tan deficiente hay un abismo, en cuyo abismo insondable se han precipitado todas sus cuartillas para no volver a levantarse más. Ni que decir tiene que le acompañamos a usted en el sentimiento y que felicitamos a Romanones por tener defensores que le amen con un fervor tan encendido como el que usted demuestra.

Melgares Vallecas.
Son atroces de vulgares las cuartillas de Melgares.

Alcibiades. Pirineo.—No es procedente, ni pertinente, ni conveniente, ni prudente insertar eso en nuestras columnas, casi tan griegas como los pintorescos ámbitos desde donde usted nos escribe.



Dib. Rubio.—Madrid.

—¿Tú que preferirías? ¿Un millón de pesetas o la estrella?

—¡Hombre, las pesetas porque con el millón conquistó yo al lucero del alba!

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Un caballero está de pie en la plataforma de un tranvía.

—El conductor le dice: Siéntese usted señor.

—Para sentarme estoy con la prisa que llevo.

Consuelito.—Barcelona.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

VAJILLAS CRISTALERÍA

Aparatos para luz eléctrica



SANZ



Gran surtido en artículos para regalos

Espoz y Mina, 40 (esquina a la Plaza del Angel) MADRID

A una señora que viene de visita la pasan a la sala en la cual está el niño de la casa.

—¿Como estas Pepito? ¿Y tú mamá?—le pregunta la señora.

—Está en su cuarto; me ha dicho que no diga a nadie que se está follando.

R. B. Gandía.—Bilbao.

—¿Cuál es el colmo de un sacristán sucio...

—Que nos dé su opinión sin-cera.

Canelo.—Buenos Aires.

—¡Ese anillo no es suyo; usted es un ladrón!

—¡Este anillo es de mi propiedad!

—¡Sí, pero la propiedad es un robo!

Chiquitín.—Valladolid.

Entre ladrones.

—...y entonces le pegas una puñalá procurando dejarlo muerto.

—¿Después qué hago?

—Después le atas a una silla, si trata de llamar a los vecinos.

Pedro Muñoz.

—Oye, Marcos, ¿a que tú no sabes por qué a quedado Armillita bien en la corrida del día 18 en Madrid?

—Hombre pues porque toreó con *Fortuna y Facultades*.

M. J. P.

En el campo de deportes.

—¡Oh, el tenis me encanta!

—Y el caballo; ¿le gusta a usted el caballo?

—No se; no lo he comido nunca.

José Luis.—Valladolid.

—Juez.—Y cuando sus amigos enarbolaron las sillas y se acometieron ¿no trató de apaciguarlos?

—Imposible señor juez; no había más que dos sillas.

Perico de los Palotes.

Juanita, que estudia Historia Sagrada, pregunta:

—Di, mamá; ¿por qué Jesús, al resucitar, se presentó primero a las mujeres?

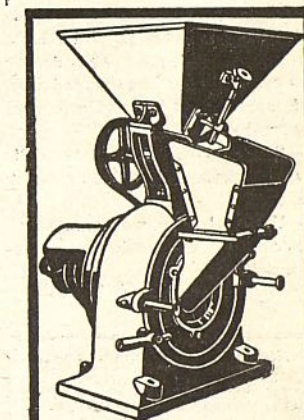
—Porque quería que la noticia corriese con la velocidad del rayo.

Luisa.—Sevilla.

—¿En qué se parece, un pañuelo que echamos a lo sucio, al opio?

—Pues en que el pañuelo estaba cochino y el opio es tabaco chino.

Jocoso.



MOLINOS

de todas clases, para mano y fuerza motriz. Trituradores. — Desintegradores. Cortadoras. Tamizadoras. Inmenso surtido.

Pídanse catálogo

MATTHS. GRUBER
Apartado 185, BILBAO

—¿En qué se parecen un tapabocas y un elefante?

—En que aquél es bufanda y el elefante «bufa y anda».

Armando K. Morra.—Cervera.

Un clérigo de un pueblo solía de vez en cuando empujar el codo más de lo regular, poniéndose algo alegre; preguntándole en una tertulia a su ama en lo que se ocupaba el cara, respondió:

—Por la mañana dice misa.

—¿Y por la noche?—la objetaron.

—Por la noche no sabe lo que se dice.

C. Porrillo.—Madrid.

LIQUIDACIÓN

de novelas detectivescas, revistas ilustradas, música para piano, cuplés, etc; prospectos gratis.

ANTONIO ROS
LIBRERO

Claudio Coello, 95. Madrid (6)

Dos colmos.

—¿Cuál es la región de España más descuidada para la limpieza?

—Castilla la Vieja, porque desde que se dividió España en regiones, ésta tiene una «Mancha»

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL. 13



—Pascual, por robar una arroba de café, estuvo dos años preso, y al preguntarle cual había sido la causa de su proceso, contesta:

—Pues por nada, por tomar café.

M.^a de la C. P. M. P. T.

Al hacer la revista de cárceles, uno de los presos manifestó al presidente que la clase de pan era de tan mala calidad, que a causa de ello la mayoría de los presos padecían enfermedades de la boca, a lo cual contestó el presidente:

—Si no comieran ustedes delitos, no tendrían necesidad de comer ese pan.

—Y si los hombres no cometieran crímenes, ¿qué clase de pan comerían ustedes?

J. M. Galaray.

"BUEN PROVECHO"

Vine tónico de maravillosos resultados para ancianos y convalecientes
"Los Coas" Alberto Aguilera, 29
Teléf. 10-59 J. :-:

Advertencia a tiempo.

Una señora está leyendo el periódico, y de pronto dice a su marido:

—Mira, ¡qué casualidad! Ayer, en la calle de Trafalgar, un atracador disparó un tiro contra un señor que pasaba por dicha calle; la bala fué a dar en uno de los botones del chaleco y no hizo blanco...

—Pues ya puedes coserme en seguida los que me faltan —dijo el marido—, pues si esto me hubiera sucedido a mí, a estas horas ya estas viudad.

Santiago Santacreu.—Madrid.

—¡Qué desgracia! Fernández, el crítico, ha dicho que mis obras son muy malas.

—No le hagas caso. ¡Fernández no tiene una sola idea! ¡Se limita a repetir lo que dice todo el mundo!

Sotam-Hacho.—Ceuta.

Como sus excelencias
sabe el más bolo,
no hay nadie que no gaste
Licor del Polo.

En un establecimiento que venden calcetines, entra un joven y pregunta por el precio de un par de ellos. El dependiente desoso de vender le dice:

—Estamos de liquidación y cuanto más pares se lleve usted más rebaja tendrá.

—¿Sí? Pues, mire usted, póngame tantos pares de calcetines, que no tenga que pagar nada por ellos.

Chita Pérez.—Barcelona.

Pérez y López, salen de casa del primero dispuestos a tonificar sus músculos. En la escalera se encuentran una chica que ostenta una magnífica y exuberante cabellera.

López.—¿Quién es? ¿Es acaso el anuncio del «Petróleo Gal», del «Vincitor», del «Genocapilo» y del «Sueño Titán» reunidos?

Pérez.—Es la del segundo, que ha tenido la gripe y el tratamiento le ha ido al pelo.

Calvino.—Hinojosa de Duero.

—¿En qué se parece uno que termina el grado Bachiller a un pueblo de la provincia de Guadalajara?

—En que *sace-dón*.

Rafael Forés.—Madrid.

—¿En qué se diferencia el mar de un establo?

—En que en el mar hay pez espada y en el establo hay *pez-uña*.

Fernando Serrano Alguacil.
Segovia.

A Tórtalez, le han robado su gabán, en la oficina.

—¡Yo no me explico—dice el jefe— como pudo ser!...

—¡Yo tampoco!—añade un colega.

—¡Ni yo!—corroboran los demás conspicuos.

Hasta que Tórtalez, indignado y desconsolado, exclama:

—¡Aquí nadie se explica nada, pero mi gabán no aparece!

Sor.—Madrid.

INDRA PERLA

Las más acreditadas en todo el mundo.
La mejor calidad y más barata.

Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

HAY ASCENSOR

ALHAJAS

SE COMPRAN PARA CASA EXTRANJERA

Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

HAY ASCENSOR

—¿Cómo se podría uno comer un caballo de alquiler?

—Esperando a que estuviera en su punto.

Merceditas López.—Madrid.

—¿Por qué parte es más sonriente el firmamento?

—Por Nueva York; porque tantos rasca-cielos, le hacen cosquillas.

Carmen Zabala de Romero.
Sevilla.

Un escribano lee su sentencia de muerte a un gitano;

«Por tanto, la sala ha tenido a bien condenarle a muerte en garrote vil»

—Oiga ozté—interrumpe el gitano—¿si habiéndolo tomado a bien, la sala manda que me den garrote ¿qué le hacen a un hombre cuando la sala lo toma a mal?

J. M. Conde.

—¿Cuál es el colmo de un sordo?

—Tocar el piano de oído.

Agustín Ruiz.—Madrid.

—¿Cuál es la hortaliza más in-moral?

—La cebolla, porque siempre está en camisa.

Eduardín Serratella.

CUPÓN

correspondiente al núm. 234 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

BUEN HUMOR

DEL SOLAR TINERFENO

RECUERDOS DE UN VIAJERO

por

ANTONIO FERNANDEZ DE ROTA

De venta en la librería Rivadeneyra,
Gra Vía, 9.-Madrid, y en otras
principales

Colmos.

—¿Cuál es el colmo de un aviadador?

—Volar en alas... de la fantasía.

—¿Y el de un empresario?

—Contratar a la estrella... polar.

—¿Y el de un matón?

—Pegar a su propia estampa... sobre la pared.

—¿Y el de un alpinista?

—Irse una noche de picos pardos, y caerse con todo el equipo, delante de su mujer al llegar a casa.

—¿Y el de un cazador?

—Salir en busca de caza y regresar a su casa con una merluza.

Fernando García Lago.
Barcelona.

Si queréis estar muy majas,
leer esto, os interesa,
no existen corsés ni fajas,
como los de Casa Presa.

Sostén pechos "Ideal"
Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

—¿Qué ¿has encontrado colocación?

—¡Colosal!, chico, ¡colosal! Estoy «tirando de pluma».

—Pero cómo, ¿tú escribiente?

—No hombre no; es que estoy de pinche en la cocina de una fonda.

Maruja Herrera.
Herrera de Pisuergra.

—Luisita, me han dicho que se va usted a casar ¿es verdad?

—Sí.

—¿Y qué edad tiene su futuro?

—Tres millones de pesetas.

Ricardo S. Mezcuca.—Granada.

El colmo de un tenorio:

Conseguir que se enamoren de él Fé y Esperanza, y luego dejarlas por Caridad.

F. M. H.—Miranda.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12.

MADRID



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



Dib. MIHURA.—Madrid.

—¿Pero qué le pasa a aquel que se queja tanto?

—Es ese que anda sobre bombillas rotas y cuchillos «afilados», que ha pisado una tachuela.